

LA PROMESA Y EL RIESGO:
EDICIONES LA PALMA,
DESPUÉS DE VEINTE AÑOS

MAIKI MARTÍN FRANCISCO

Fecha de recepción: 28 de enero de 2010

Fecha de aceptación: 30 de abril de 2010

Los comienzos —como los finales— no surgen de la nada; su anuncio viene siempre enmarcado en los acontecimientos propios, en las múltiples formas con las cuales el destino —ese libro que nunca termina de reescribirse— se disfraza para crear una falsa apariencia de libertad. Ser libre no es seguir el camino correcto, sino probar el mayor número de posibilidades, perpetrar osadías y descubrir en ellas la vigencia de vivir, el éxtasis cotidiano, la visita a los bosques de Thoreau, la soledad en su estado más consciente. Hay quienes se conforman con la seguridad, y hay quienes la utilizan para dar el primer paso hacia lo trascendente, como método para conocerse y crearse a partir de lo descubierto, de lo desdeñado por previsible o superficial. Sin ese desconcierto, sin esa mirada interior que nos devuelva algo más que el reflejo de lo que creemos que somos, la trascendencia no es posible. Para saber que estamos vivos, es necesario nutrirnos, llenarnos de palabras —nuestras y de otros—, de sonidos, de imágenes que conduzcan el pensamiento y las emociones mucho más allá de lo esperable. Quien sólo cumple «su deber» tal vez consiga los quince minutos de gloria, pero no será nadie, ni siquiera para sí mismo. Porque vivir es crear, y esto nunca puede basarse en la mera repetición. Es el esfuerzo, el trabajo

diario, lo único que se alza por encima de esa engañosa seguridad que desde hace tiempo nos presentan como garantía de felicidad o incluso como la felicidad misma, sin que muchos se pregunten por qué esa felicidad no les hace felices.

Y es que la seguridad no es nada emocionante: apenas contempla los riesgos, elimina de un plumazo los problemas —y por ende, la aventura que supone la búsqueda de soluciones— y convierte la reflexión en obsesiones. Se intenta vender la seguridad por encima de todo, con el pretexto de minimizar así los problemas, para no tener que pensar en ellos, y dedicar entonces nuestra mente, por ejemplo, a contar los mosquitos que podamos atropellar con el coche. ¿Acaso no es ésta una manera de fomentar el pensamiento obsesivo? Eliminando los riesgos, se elimina también la reflexión, y con ello, la trascendencia, un privilegio que, a pesar de lo que nos hayan hecho creer, no es de unos pocos. Entender una obra de arte o disfrutarla, emocionarse con una película o un concierto, imaginar a través de las páginas de un libro, dialogar con él, no puede seguir siendo el espacio de una minoría que no se conforma: cualquiera puede llegar a ello, siempre y cuando se arriesgue. Pero parece que no todos están dispuestos a hacerlo. En Canarias, lamentablemente, hace mucho que dejamos de arriesgar, y el asunto es bastante complejo.

A principios de este siglo, el crítico Jorge Rodríguez Padrón ya lo dejaba claro en una conferencia pronunciada en el Cabildo de Tenerife, durante unas jornadas que pretendían —como uso y costumbre— reconocer el trabajo literario de lo que se ha conocido como «generación de los 70». Rodríguez Padrón había sido hasta entonces una especie de maestro-guía del grupo, en el cual había depositado sus esperanzas, tal y como lo recogen varios artículos suyos publicados en 1985 y 1989¹. Ya en estos

1. Me refiero, especialmente, a los artículos «El escritor canario de la definición a la explicación», «Informe objetivo (dentro de lo que cabe) sobre la nueva narrativa canaria», «Algo de historia», «Y un poco de luz», recogidos en su libro *Una aproximación a la nueva narrativa en Canarias*. Santa Cruz de Tenerife: Aula de Cultura de Tenerife, 1985, pp. 19-33, 73-74, 75-

textos se percibía la preocupación del crítico por la necesaria aparición de una tradición narrativa en Canarias que «nos explique», al margen de esa serie de tópicos con la que se ha venido definiendo la literatura de las islas, al menos durante buena parte del siglo XX: el aislamiento, el intimismo, el sentimiento del mar... Una preocupación que era también un llamamiento para un cambio de ruta, un alto en el camino para que los jóvenes autores —que en algún lado alguien también denominó «narraguanches»— analizasen antes su situación, desde dónde y hacia dónde querían escribir. Lo que Rodríguez Padrón entonces pretendía era alentar un debate en el interior de los propios creadores, que les sirviera de catapulta, una especie de rito iniciático sobre el cual podría haberse fundado una cierta tradición narrativa:

Lo que me interesa destacar es que no se ha tenido, hasta hace bien poco, verdadera conciencia de lo que debía ser la literatura en Canarias. De lo que es, o puede ser. De ese letargo parece que se ha ido despertando y nos encontramos inundados de urgencias, de búsquedas de protagonismos, de creación de una inmediata vanguardia literaria que sirva de frente de choque o de cabeza de turco, vaya usted a saber. Por eso creo que trabajos como éste [...] deben nacer como consecuencia de estas necesidades: arrojar luz sobre el tema, adoptar posturas analíticas serias, y dejarnos, de una vez por todas, de contribuir a falsos folklorismos o a inútiles afanes por reivindicar el terruño; porque derivaríamos, inmediatamente, en algo que es contrario por naturaleza a toda clase de literatura: el costumbrismo más obtuso y superficial. Precisamente ése es el problema de la literatura en Canarias; ése es, justamente, el peligro de una literatura y un arte regionales que quieran tener un mínimo de interés. Lo que parece que siempre ha sido difícil, difícilísimo, por no decir imposible, es llegar a dar vigencia literaria a las peculia-

79 y 80-82, respectivamente, así como al publicado en el número monográfico de literatura y cultura canarias de la revista *El urogallo*; «Cultura canaria hoy», *El urogallo* (Madrid, diciembre de 1988-enero de 1989).

*ridades, las circunstancias personales o sociales, llegar a transformarlas, a transmutarlas en el acto libre de la creación*².

A lo largo de este trabajo —tal y como se recoge en la cita—, Rodríguez Padrón reafirmaba su deseo de que por fin se dejaran atrás los tópicos, productores de un aislamiento mucho más grave: el de la comunicación y la expresión literarias. Para el crítico era indispensable que los autores dejaran de definirse como algo diferente o extraño, cayendo casi siempre en un costumbrismo que poco tenía que ver con la realidad, ansiosos como estaban por anteponer la «canariedad» al compromiso estético y literario. No cabe duda de que algunas de las obras publicadas en los 70 abrían las puertas a una nueva visión de la realidad, a un análisis del mundo que bien podría haberse convertido en savia nueva³. Se trataba de una época de urgencias, en donde el final del franquismo avistaba una era diferente: pululaban los debates, las revistas literarias, los suplementos en los periódicos, los premios y, por supuesto, las editoriales. Junto

2. «El escritor canario de la definición a la explicación». En: *Una aproximación a la nueva narrativa en Canarias... op. cit.*, pp. 22-23.

3. El ejemplo más notable es el de la novela *El don de Vorace*, de Félix Francisco Casanova, cuya trayectoria se vio truncada por su repentina muerte. La obra ganó el Premio «Benito Pérez Armas» en 1974, pero desde entonces, y a pesar de la aureola mítica que ha rodeado la figura de su autor, se le ha prestado casi la misma atención que al resto de la literatura hecha en las islas. Su caso es un claro ejemplo de una escasa tradición cultural y crítica, basada especialmente en un fuerte sentimiento de inferioridad que, desde la conquista y la colonización, ha sido fomentado tanto desde la metrópoli como desde buena parte de las instituciones canarias, típico, además, de una sociedad caciquil como la nuestra. Un sentimiento de inferioridad incapaz de valorar en su justa medida las diferentes facetas del arte realizado en la comunidad. *El don de Vorace* va a ser publicado próximamente en todo el estado español (actualmente sólo era posible conseguir la edición realizada por el Centro de la Cultura Popular Canaria) y también será traducido al francés, pero no gracias al apoyo oficial. Como siempre, han de ser las iniciativas individuales —si es que no desisten antes en su hazaña— las que promuevan nuestro desarrollo cultural. Aunque eso sí: si sale bien, algunas instituciones ya buscarán la manera de sacarle partido.

a la labor incipiente de algunas instituciones públicas (cabildos, ayuntamientos y gobierno autónomo), los proyectos de Liminar, Inventarios Provisionales, y sobre todo Taller de Ediciones J.B., que operaba desde Madrid, fueron imprescindibles para que el impulso inicial se desbordara. Las presentaciones de libros fueron acompañadas por la creación de nuevos premios, y especialmente de la recepción más o menos entusiasta de un público lector que empezaba a interesarse por todo aquello que estaba sucediendo y de lo cual se hacían eco las páginas de los periódicos. Autores como Luis Alemany, Rafael Arozarena, Víctor Ramírez, Isaac de Vega, Luis León Barreto, Juan Cruz, Fernando G. Delgado, Juan Manuel García Ramos y tantos otros, prometían entonces explicar una realidad que comenzaba a perfilarse nuevamente, entre el barullo del *boom* turístico, las reivindicaciones independentistas del MPAIAC y una incipiente curiosidad por la historia y la geografía de las islas, que la educación franquista se había ocupado de borrar.

Sin embargo, en medio de este ambiente festivo, de ardiente efusividad, R. Padrón advertía ya sobre el peligro de seguir el fácil camino de la fama, adaptándose a un sistema en donde la reflexión se intercambia rápidamente por el hábil discurso que no dice nada:

¿No será necesario salirnos del círculo vicioso, de ese ámbito en el que todo nos lo sabemos, en el que todos nos sabemos, y se hace preciso alzar la vista, abandonar los tres o cuatro monstruos sagrados en quienes papanatamente bebemos (y no abandonarlos por insertibles), para proyectarnos en una comunicación más integral? [...] hemos hecho caso omiso de esta difícil posición en que nos hallamos dentro de la comunidad lingüística y literaria española, y hemos tratado de definirnos, de intercambiarnos nuestra propia imagen, sin ir más allá, sin ponerla en cuestión, sin analizarla, sin explicarla⁴.

4. RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge. «El escritor canario de la definición a la explicación». En: *Una aproximación a la nueva narrativa en Canarias... op. cit.*, p. 25.

En un análisis agudo, el crítico señalaba la inutilidad de seguir encuadrando a la literatura de las islas en los límites de un debate a todas luces absurdo: el de querer diferenciarse sin tener en cuenta al otro, sin situarse en un contexto histórico y social mucho más amplio, y sin caer ni en el costumbrismo ni en la mimesis, estrategias extremas incapaces de construir una personalidad propia:

El escritor insular, el creador, debe entender —y al parecer empieza a entenderlo— que su vigencia no radicará en ese plerarse sobre sí mismo, que dijera Pérez Minik, sino en todo lo contrario [...] «El canario se complace —ha escrito Juan Rodríguez Doreste— en el aislamiento. De ello debe derivarse uno de los más graves defectos de nuestra raza: nuestro extremado individualismo, nuestra incapacidad para toda acción de acuerdo colectivo, social»⁵.

Las duras palabras de Juan Rodríguez Doreste no hacen más que reiterar la idea de que es lo universal lo que le da valor a una obra literaria, lo que hace posible su perduración en el tiempo, su diferenciación. Parte de estas mismas ideas las podemos encontrar también en el trabajo publicado en la revista *El urogallo*, de 1989, en un número especial dedicado a la literatura y la cultura canarias, trabajo que tampoco sirvió para que su discurso fuera tomado como sabio consejo. Tendría que pasar toda una década para que Jorge Rodríguez Padrón se hiciera oír de nuevo, en un acto de valentía sin precedentes, rodeado de aquéllos en los que él había confiado y que todavía hoy ocupan los lugares comunes que por aquel entonces habían intentado superar. El crítico, como él mismo señalara, les había salido «respondón» y la conferencia, que tantos esperaban como nuevo alimento para sus egos —ya más que saturados de mutuos elogios— se convirtió en un invitado incómodo, un acto de irreparable impos-

5. *IBIDEM*, p. 29.

tura, que suscitó algunos comentarios y seguramente más de un ademán airoso que, a pesar de todo y curiosamente, dejarían poca huella.

El discurso —que ya no «disgusto»— fue publicado en el año 2002 por la editorial Tauro con el título significativo de *Narrativa en Canarias: compromiso y dimisiones* y el subtítulo *Una reflexión 30 años después*. Con inusitada lucidez, expone de nuevo su decepción ante lo que considera una terrible claudicación (anunciada, a pesar de todo):

Yo había creído, con toda sinceridad y seriedad, que iniciar aquella aventura suponía estar convencidos de que éramos, ya para siempre, escritores; que apostar por ello nos obligaba a estar alerta y no dejarnos amordazar ni doblegar por ninguna forma de censura. No contemporizar, en suma; ni callar ciertas cosas, porque pudieran herir ciertas débiles susceptibilidades. Que éste, por cierto, es el nuevo rostro de la censura tan sutil que hoy se desliza subrepticamente en la escritura literaria y en su crítica: no hay censores de avinagrado rostro funcional y lápiz rojo de gatillo fácil; hay componendas e intereses, hay connivencia y disimulo, para dejar al margen todo criterio independiente, toda voz que incorpore diferencia o disidencia al discurso establecido; que sólo se oiga una palabra susurrante y gris que nada arriesgue, y en la cual puedan coincidir, cómodamente, quienes gozan de ese lugar bajo el sol que el poder —los poderes— les concede como premio a su docilidad. ¿Es que no habían asumido riesgos entonces? Digo personales, por supuesto; pero también, y sobre todo, en la escritura. ¿Ha bastado con que pase el tiempo y que la crispación política haya dado paso a esta democracia formalita, de moqueta y despacho, para que tanto atrevimiento en la acción y en la indumentaria se haya diluido en el más convencional de lo formulismos?⁶.

6. *Narrativa en Canarias: compromiso y dimisiones*. [Santa Cruz de Tenerife]: Tauro, 2002. La conferencia fue leída en el Cabildo de Tenerife.

Pero para comprender estas palabras en toda su extensión debemos volver atrás y recordar, de manera un poco más precisa, cómo era ese ambiente literario y cultural que había generado el *boom*. Ya se ha dicho que la década se había abierto con la efervescencia de los premios literarios y las editoriales que arriesgaban. En este capítulo cabe destacar, por un lado, premios como el «Benito Pérez Armas», impulsado por la Caja General de Ahorros de Santa Cruz de Tenerife, y por otro, el «Premio Canarias», frustrado intento de la editorial Inventarios Provisionales de las Palmas de Gran Canaria, por citar sólo dos de los más importantes. El primero lo ganaron autores como Alfonso García-Ramos con *Guad* (1970), Juan Cruz con *Crónica de la nada hecha pedazos* (1971), Luis Ortega con *Migajas* (1972), Fernando G. Delgado con *Tachero* (1973) y Félix Francisco Casanova con *El don de Vorace* (1974), por poner algunos ejemplos. Lamentablemente, el «Premio Canarias» moría casi antes de comenzar su andadura, al ser declarado desierto en su primera convocatoria de 1972, después de haber sido anunciado a bombo y platillo, pues entre los miembros del jurado se encontraban escritores y críticos como Carlos Barral, Andrés Amorós, J.J. Armas Marcelo y Mario Vargas Llosa, que, por supuesto, constituyó la figura más esperada del momento. A la luz del premio se publicó también la antología *Aislada órbita*, una muestra de once narradores apadrinada por Carlos Barral, que también pretendía erigirse como punto de encuentro y de arranque de una supuesta generación que, como ya el mismo Rodríguez Padrón ha señalado, no poseía vínculos entre sí, al menos desde el punto de vista literario. Sin embargo, el libro sirvió de punto de partida para escrituras posteriores, como lo atestigua la lista de publicaciones, realizadas sobre todo por Taller de Ediciones J.B. e Inventarios Provisionales. En este caldo de cultivo tuvo lugar, además, la celebración de la I Semana de Narrativa Canaria, realizada en la Universidad de La Laguna en la primavera de 1972 y en donde intervinieron escritores y críticos, al parecer con unos resultados esclarecedores.

A la vista de lo expuesto, podríamos preguntarnos qué fue lo que falló o faltó para que esta narrativa no llegara a desarrollarse. En la década siguiente, y si tenemos en cuenta el contexto estatal, nos encontramos con un resurgimiento de la narrativa —influida en parte por la prosa latinoamericana y en parte por el afianzamiento de la mal llamada «Transición», puestas las esperanzas en el triunfo del PSOE en 1982—, con la aparición de nombres tan conocidos hoy como Eduardo Mendoza, Rosa Montero, Antonio Muñoz Molina, Almudena Grandes, Javier Marías, Juan José Millás, etc., a los que se unían los más asentados de Ana María Matute, Carmen Martín Gaité o Camilo José Cela, sin olvidarnos de la *gauche divine* (Rosa Regás, Ana M^a Moix, Esther Tusquets, Terenci Moix, Manuel Vázquez Montalbán y Carlos Barral, entre otros). Era el triunfo, también, de proyectos editoriales más o menos independientes —Tusquets, Seix Barral⁷, Edhasa, Anagrama, Mario Muchnik...— y el afianzamiento de otros mayores —Alfaguara, Planeta, Alianza...— que poco a poco serían absorbidos por las multinacionales (sobre todo Random House y Mondadori). También, lamentablemente, era el final de otras tan importantes como Bruguera, Versal y Argos Vergara⁸. En Canarias el mundo del libro se fue consagrando, sobre todo, con la publicación de los premios por parte de las entidades organizadoras⁹ (tanto públicas como privadas), pero también con el (re)surgimiento de proyectos editoriales —Centro de la Cultura Popular Canaria, Edirca, Benchomo, Globo, Turquesa, Baile del Sol, La Calle de la Costa, Interinsular, Edicio-

7. Véase la labor de la *gauche divine* en algunos de estos proyectos, en el libro de VILA-SANJUÁN, Sergio. *Pasando página: autores y editores en la España democrática*. Barcelona: Destino, 2003.

8. Las curiosas razones de cierre de estas editoriales —especialmente de Bruguera, recientemente recuperada— explica la frágil relación entre los autores y las editoriales, para las que el libro, casi siempre, no es más que un producto comercial. Remitimos igualmente al libro de Sergio Vila-Sanjuán.

9. Cabe decir que la difusión era también precaria, y los libros terminaban en los depósitos de las instituciones, sin apenas salida.

nes La Palma...¹⁰— que venían a sustituir la labor realizada por Inventarios Provisionales y Taller de Ediciones J.B. Esta última había significado un primer intento de distribución a gran escala, el salto fuera de los límites de las islas, ese gran escollo que prácticamente a todos los escritores aterra, conociendo de antemano que el final de muchos de los ejemplares publicados terminan pudriéndose en los sótanos de las instituciones o son entregados a las bibliotecas públicas, cuyos escasos programas de animación a la lectura no alcanzan ni siquiera para limpiarles el polvo que acumulan. El hecho de que la editorial de Josefina Betancort y Manuel Padorno publicase desde Madrid era acaso la mejor noticia que podía darse a cualquier grupo de escritores en ciernes, porque de algún modo eso podría significar un cierto grado de lectores y por ende, de un posible éxito. Un éxito que apetecía sobremanera, que podía confundir:

Que el afán de competitividad inculcado en nuestra feria de vanidades literarias esté causando estragos no debe importarnos demasiado, porque habrá que observar la calida del metal y desechar siempre la ganga que puede existir. [...] Tendrán que darse cuenta estos escritores nuestros que lo único que de veras importa, de aquí en adelante, es la dedicación al trabajo, a la creación sin desmayos, abandonarse complacientemente al volandero triunfo o a la actualidad publicitaria no servirá absolutamente para nada¹¹.

Con todo, la labor editorial realizada resulta encomiable, y hay que tenerla muy en cuenta, porque no debió de ser fácil (ni debe

10. Para conocer la lista completa, se puede consultar la tesis doctoral de TORRES FRANQUIS, Francisco Javier. *Imagen corporativa de las editoriales canarias en el diseño del libro: colecciones y series (1980-1999): análisis crítico y síntesis de propuestas*. [Tesis doctoral ms.]. Universidad de La Laguna. Departamento de Dibujo, Diseño y Estética, 2002.

11. RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge. «Y un poco de luz». En: *Una aproximación a la nueva narrativa en Canarias... op. cit.*, p. 82.

de serlo hoy) arriesgar tiempo y dinero en una aventura sin apenas precedentes que hayan funcionado, con un único aval de ilusiones, jugadas en la mente y la promesa de un grupo de jóvenes escritores. Un aval que ha seguido formando parte de proyectos posteriores, como el de de Ediciones La Palma, que en los veinte años de su existencia no ha dejado de apostar por la literatura que se ha hecho en las islas. Tal vez no sea exagerado decir que su creación en 1989 —de la mano de Elsa López— volvió a significar una vuelta de tuerca, ante todo porque a pesar del nombre la editorial se asentaba en Madrid, con distribución también en otras ciudades. De este modo, el hilo de Ariadna trazado en los 70 podría ser recogido por los nuevos escritores, para quienes sus cuidadas ediciones se presentaban al menos como un signo claro de calidad. Un dato enormemente relevante, teniendo en cuenta que el aspecto físico del libro constituye parte de su aval para su colocación en un mercado en el que, aunque nos pese, ha de competir.

Las portadas de Ediciones La Palma enseguida despuntaron del resto, sobre todo de aquéllas que no habían sabido (o querido) desvincularse de lo que aún hoy se consideran símbolos de esa supuesta «canariedad» que continúa anclando nuestra literatura a un provincianismo poco propicio a crear obras de envergadura. Quizás no me equivoque tampoco al afirmar que sin estos aires nuevos no hubiese sido posible el comienzo de determinadas carreras literarias como la de Víctor Álamo de la Rosa, quien con su novela *El humilladero* —salvando sus posibles errores de *opera prima*— entraba a formar parte, al menos, de los pocos debates literarios que por entonces se perfilaban¹². Junto a él, también publicaban nuevas voces poéticas como Pedro Flores, Ricardo Hernández Bravo o Verónica García, cuyos títulos comenzaron a formar parte de una de sus colecciones más

12. En algunas de estas colecciones han participado también autores canarios más conocidos, como Cecilia Domínguez, Antonio García Ysábal, Anelio Rodríguez Concepción o Alicia Llarena, entre otros.

bellas, «Ministerio del aire». El ángel de José Dámaso que aparece grabado en su portada ha seguido de cerca los pasos de los ganadores del Premio Internacional de Poesía «Ciudad de Santa Cruz de La Palma», que desde su primera edición acompaña a las fiestas lustrales de la isla, siempre al cuidado de Bernardo Chevilly. Un premio que ha continuado aportándole calidad, y del cual se nutren mutuamente escritores y editorial, a pesar de que en ocasiones se siga cometiendo el error de abandonar los ejemplares premiados en los sótanos del ayuntamiento.

Precisamente, en su intento de sacar a nuestra literatura de su letargo, Ediciones La Palma ha combinado esta labor con la publicación de autores consagrados como Octavio Paz, José Hierro o Cavafis, entre otros, lo que le ha otorgado mayor relieve. Sin embargo, curiosamente, lo que más le ha servido de tabla de salvamento es un libro que tal vez no encajara muy bien en su línea editorial, pero que captó la atención de una buena cantidad de público lector, un público que hasta entonces había permanecido al margen de la producción literaria en las islas. El libro al cual me refiero es *Buscando el sur*, de Román Morales, que todavía hoy —como lo demuestra su tercera edición, de 2007— continúa siendo uno de sus libros más vendidos, tal vez porque su prosa sencilla pero cuidada, a medio camino entre la novela y el diario de viajes, sólo se preocupe por narrar, por intentar explicarse, sin más recursos que una mochila y unas botas para entender el mundo. Desde luego que no serán los *Diarios de Colón*, pero no es descabellado pensar que este libro pudiera servir para ordenar algunas ideas, algunos elementos que nos ayuden a descubrir quiénes somos, desde qué lugar estamos escribiendo o hasta dónde nos hemos equivocado. Porque lo que no se percibe en esta obra es ese afán por conseguir el éxito fácil, de escritura ligera o ponderosa, abigarrada e inescrutable. No sería la primera vez que un libro sin demasiadas pretensiones se convierte de pronto en el inicio de algo, a veces con el pleno desconocimiento de su autor. Y no voy a extenderme más aquí, pero

a lo mejor su aparición no ha sido casual (si es que la casualidad existe)¹³.

Retomando el hilo cronológico, de los años 90 hasta ahora ha pasado mucho y no ha pasado nada. Ha pasado mucho porque ha habido un desarrollo voraz en las islas que se está comiendo su frágil territorio, al tiempo que se emiten hábiles discursos para seguir justificando inversiones cada vez menores en cultura, sin establecer aún una programación continuada que permita el establecimiento de unos hábitos culturales óptimos en la población, que enriquezcan el espíritu por encima de todo. Y no ha pasado nada, porque se sigue de cerca el ritmo enloquecedor de las apariencias, frenéticamente pendientes de no perder la cola del poderoso, sea éste de la metrópoli española, europea o estadounidense. En medio de esa vorágine, han surgido nuevas editoriales, con unos propósitos iniciales muy valiosos que han tenido que abandonar en poco tiempo, bien para probar suerte fuera, bien para mantenerse vivas, igualando sus criterios a los de tantas otras editoriales que, cada vez más, prefieren la cantidad de títulos a la calidad de los mismos. En el maremágnum del mundo editorial español, y en concreto canario, el hecho de que Ediciones La Palma haya recuperado su espacio —ése que no había perdido del todo— debe constituir, para todos los que amamos o vivimos en y por el arte de la escritura, un aliciente y una esperanza. Un aliciente para constatar que no estamos solos, ni equivocados, ni, mucho menos, locos. Y una esperanza porque en medio del caos es bueno que alguien señale lo que cree que pueda ser el camino, con algún tipo de criterio que nos sirva a todos para avanzar, en la misma línea que ya adelantaba Jorge Rodríguez Padrón, y que es la única posible para el artista: la de la creación y el trabajo.

13. Es más: tal vez el nuevo giro de Ediciones La Palma, después de muchos años en los que ha sobrevivido gracias a la poesía (en su doble sentido: metafórico y material) esté más relacionado con esta búsqueda del sur — cosas del destino— que con todas las aspiraciones que sus progenitores pudieran tener en la cabeza.